El lenguaje en este país

Sobre el libro y la lectura
José G. Moreno de Alba

El próximo 2000 ha sido declarado "año de la lectura". Conviene, por tanto, hacer algunas reflexiones en torno al estado actual del libro y la lectura en México. Hay que partir de una tesis sencillísima: las naciones, como los individuos, son fuertes y libres en la medida en que son cultas. El vehículo transmisor de la cultura, por excelencia, es el libro. Podría alguien decir que, más que el libro, es la escuela la responsable de hacer hombres y pueblos cultos. No lo niego. Sin embargo, además de que es concebible una escuela sin libros, el mundo está lleno de analfabetas funcionales: personas que ciertamente fueron a la escuela pero que, después, en su vida diaria, no leen ni escriben.

En nuestro país se lee poco y mal. Explicaré en qué me baso para esta afirmación. Hay en esto un círculo verdaderamente vicioso. No hay libros, ni librerías, ni bibliotecas suficientes porque no hay demanda de libros ni de librerías ni de bibliotecas. No hay esta demanda porque no se ha experimentado, por falta de libros y de educación en la casa y en la escuela, el placer de la lectura. En pocas casas hay libros y cuando los hay son unos cuantos y no siempre los convenientes. En muchos pueblos y ciudades de tamaño medio o no hay bibliotecas o son muy pocas y, además, cuando las hay, tienen pocos libros y casi nunca los necesarios, además de que suelen caracterizarse por su mal servicio. Tampoco hay librerías suficientes y las que hay, sobre todo en las ciudades pequeñas y en las aldeas, limitan sus existencias a unos pocos, maltratados volúmenes de bajísimo contenido cultural.

De todas estas carencias la más difícil de subsanar es la ausencia de libros en las casas. En la mayoría de los hogares mexicanos no hay comida ni ropa suficiente; resulta irónico, por no decir cruel, pedir estantes pletóricos de libros. Ojalá sigan viéndose al menos, en medio de esas lacerantes pobrezas, ahí, entre los modestos utensilios domésticos, los dignos libros de texto gratuitos de los niños mexicanos. He ahí una benemérita acción del Estado que los ciudadanos debemos exigir que jamás se abandone, sino que se fortalezca: que siempre haya libros de texto gratuitos para todos los niños mexicanos y que cada año, tengan mayor calidad.

No dispongo de datos completos que me permitan estimar el promedio anual de libros producidos en México durante este ya feneciente siglo xx. Tengo empero cifras confiables correspondientes a los años 1992-1994, publicadas por la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Durante 1992 se editaron en México 13,481 títulos; en 1993, 16,055; y 12,469, en 1994. El promedio anual para estos tres años es entonces de 14,000 títulos. Se puede pensar que no son nada malos 14,000 títulos en un año. Téngase en cuenta, sin embargo, que los tirajes suelen ser muy bajos. Suponiendo que, en promedio, se tiren 2000 ejemplares de cada título, el total de libros por año ascendería a unos 28 millones de unidades. Si dividimos esa cifra entre los 90 millones de mexicanos, sucede que a cada

mexicano le corresponderían unas tres décimas de libro, un ejemplar para tres mexicanos. Muy poco, si se acepta que el libro es el alimento intelectual por excelencia. Y más grave si se considera que de esa producción, como de casi cualquier otra, unos pocos se quedan con la mayor parte y a la mayoría nada le toca.

Sin duda persiste la anemia cultural en México.Digamos algo sobre las bibliotecas. Tenemos la Biblioteca Nacional, espléndida colección de lo publicado en México y sobre México. Muy pocos se benefician de ella. Se hace ahí diariamente un total aproximado de 1,000 préstamos, contando también los correspondientes a la Hemeroteca Nacional. Están también, generalmente en las universidades, las bibliotecas especializadas. Mucho se ha avanzado en algunas, como en la UNAM, que cuenta con no menos de 150 bibliotecas especializadas, algunas de ellas con excelentes acervos. No puede decirse lo mismo de otras universidades públicas. Si en nuestro país solemos emplear con laxitud el término universidad, no es de extrañar que también llamemos bibliotecas especializadas a cualquier pequeña colección de libros y revistas, casi siempre anacrónica. La falta de buenas bibliotecas en las universidades es una causa, entre otras, de que los profesionistas que egresan de esas casas, en su gran mayoría, sean personas sin el hábito de la lectura. En los años recientes se han hecho enormes esfuerzos por aumentar el número y la calidad de las bibliotecas públicas. Cada cabecera municipal, al menos, debería contar con una buena biblioteca pública. En nuestro país estamos todavía muy lejos de lograrlo. Persisten además otros serios problemas. Recuérdese que una biblioteca no puede entenderse simplemente como algunos cientos de libros, elegidos sin criterio alguno. Los gobiernos municipales y las organizaciones de ciudadanos deberían vigilar que el acervo de las bibliotecas públicas fuera establecido por un bibliotecario experto, sobre la base de lo que al respecto está ya establecido por la Dirección General de Bibliotecas. La administración correcta de una biblioteca es algo muy costoso. Es mucho más costosa la administración bibliotecaria de un libro que el costo mismo de ese ejemplar. El servicio a los usuarios, en la biblioteca pública, debe ser eficiente y los libros que se adquieran deben responder a las necesidades de los lectores que asisten con asiduidad. Debe además promoverse, en la comunidad, la asistencia a la biblioteca pública. Muchos ignoran que tales lugares existen y que a ellos puede acudir, sin costo alguno, cualquier persona que lo desee.

En resumen: no cabe duda de que, a pesar de las novedades tecnológicas como la televisión, las computadoras, los discos compactos, etcétera, sigue siendo el libro el principal transmisor de cultura. La lectura sigue siendo y seguirá siendo por mucho tiempo, el ejercicio intelectual por excelencia. Si estamos convencidos de la necesidad que tenemos de un México más culto y, por tanto, más libre, debemos hacer, cada uno en su propio radio de acción, el mejor de los esfuerzos para extender entre todos el hábito de la lectura.)